

## LO RARO EN "LOS RAROS"

Para Darío son "raros" los poetas señalados por el dedo de Dios, aquellos que por la excelsitud de su espíritu, tienen la facultad de trascender el mundo, la de apuntar más allá de las pequeñeces de la realidad circundante, en búsqueda de una verdad esencial. Para Darío, el poeta posee "su verdad"; es el ser destinado por Dios para clamar la verdad en un mundo de falacia. Por esto si el poeta es auténtico, no puede condescender con el mundo circundante.

El disconformismo con el mundo falaz es la quintaesencia de la autenticidad del creador. Autenticidad no aparatosa: "el arte en silencio en el país del ruido", dice Darío al referirse a la obra de Camile Mauclair, e insiste en la humildad sublime del arte. Darío se siente consustanciado con Mauclair, que ha definido el arte como "silencioso apostolado, bella penitencia escogida por algunos seres". Autenticidad que se verifica en estas palabras: "He sentido la verdad en mí mismo".<sup>1</sup>

Poeta es un visionario. Un poseedor de la verdad. Mauclair ejemplifica su concepción con Edgard Allan Poe, Stéphane Mallarmé, Puvis de Chavannes. Mauclair es para Darío: sincero, laborioso, expositor de saludables ideas, solitario. Es en resumen un señalado.

Estos espíritus señalados experimentan el sufrimiento que implica el alejarse de las cosas comunes. La comprensión del vacío que los cerca y la ausencia de elementos de apoyo convierten a estos seres en "fantásticos errabundos", visionarios en búsqueda de un más allá más auténtico. Dolor por estar alejados del mundo, y búsqueda incansable.

La necesidad de evasión que se orienta por distintos senderos: los paraísos artificiales, la crueldad demoníaca (que niega a Dios y adora al Bajísimo), el pasado heroico, o la acción heroica. Algunos, como Poe, necesitan adormecer su sensibilidad exquisita y su imaginación de fuego en vapores alcohólicos. Poe es un fenómeno literario y mental, germinado en una tierra in-

1. Las citas de *Los Raros* corresponden a la siguiente edición: Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952 (Colección Austral, 1119). Los números entre paréntesis indican la página.

grata; Darío lo presenta como un Ariel en lucha con un país de Calibanes, y de esa lucha surge místico, purificado por el dolor. "Era un sublime apasionado, un nervioso, unos de esos individuos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz" (p. 27). El dolor es el primer rasgo que caracteriza a Poe; dolor que surge de la oposición entre un espíritu elevado y el mundo real. Su genialidad desborda lo normal y se plasma en creaciones angustiantes en las que late la llama de la desesperanza y de falta de fe. Poe es un torturado; su alma vivió fascinada por el mensaje del fatídico cuervo que corroe el espíritu con su sentencia destructora "*never more*"

Angustia auténtica, desesperación ante la crueldad del mundo y necesidad de buscar un refugio en la naturaleza, o en el alcohol, ya que no creía en Dios, tal vez por su vocación cientifista y su afán por la especulación filosófica. Desde joven conoció el desprecio de la aristocracia por su origen oscuro, y el alcohol se convirtió en su refugio más frecuentado.

Poe es un elegido, un raro, un Ariel entre Calibanes, que sufrió por el peso del genio que le impidió condescender con el mundo real. Verdad, sinceridad y valentía para defenderla, por lo tanto, autenticidad; es decir vida en su verdad y de acuerdo con ella. Su riqueza espiritual lo llevó a refugiarse en el alcohol; otros optaron por adormecer sus sentidos con el goce sexual, como Paul Verlaine, quien como hombre

fue un hijo desdichado de Adán, en que la herencia paterna apareció con mayor fuerza que en los demás. De los tres enemigos quien menos mal le hizo fue el Mundo. El Demonio le atacaba, se defendía de él como podía con el escudo de la plegaria. La Carne sí, fue invencible e implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del sexo (p. 48).

Para caracterizar a Verlaine, también Darío señala como primer rasgo el dolor. Corroído por el deseo, arrastró su existencia desdichada por hospitales, bancos de las plazas y cárceles; en la cárcel experimentó el gran cambio de su existencia: su arrepentimiento y la necesidad de elevar la mirada a Dios; aunque su cuerpo pugnara por seguir en tierra, su vida se convirtió en una expresión doble de santidad y de pecado. Dualidad que explica el título de su obra *Parallèlement*. Atormentado de la carne, su lujuria fue una posibilidad de escape al determinismo de su existencia lamentable, llena de dolor y ensueño: "Nacido para las espinas, para los garfios y azotes del mundo se apareció como un viviente símbolo de la grandeza angélica y de la miseria huma-

na" (p. 48). Angélico y mísero: angélico como artista, mísero como hombre. Su espíritu se elevó a la altura de los Serafines y cantó a la Virgen, mientras la urgencia de la carne arrastraba su existencia. Fue un atormentado que superó su tormento con voluntad creadora; la riqueza de su espíritu determinó una existencia compleja, manifiesta en las distintas orientaciones a las que se afilió en determinado momento de su existencia: primero parnasiano, después decadente y, luego alejamiento de esas orientaciones hacia el misticismo que se expresa en *Sagesse*, donde late el arrepentimiento y la luz angélica de su espíritu. Darío, lo caracteriza como trágico, pagano y místico: *Le Pauvre Lélian*, con su tragedia de hospitales, es un pagano, pues su cuerpo es una lira de pecado, y es místico, porque su espíritu se eleva a Dios. Los rasgos que lo señalan como raro son: el sufrimiento de un ser perseguido, la sinceridad para expresar su mensaje, y la autenticidad o valentía para no aceptar el mundo y mantenerse fiel a sí mismo, conservando la integridad de su espíritu.

Otros elegidos en búsqueda atormentada de un refugio para su espíritu llegan a lo espectral y macabro, como Léon Bloy, "un loco furioso que clama con voz tremenda": "es el hombre destinado por Dios para aclamar en medio de nuestras humillaciones presentes" (p. 75). Lo más característico que puede señalarse en Bloy es su soledad y su aislamiento, los de un profeta perdido en el siglo XIX. Solitario, debió arrastrar una vida difícil, y clamó rencoroso contra esa vida: profeta iracundo que grita "moral" a su generación. Cargado con su montaña de odios, clamó sobre París igual que Isaías sobre Jerusalén. Como un representante de Dios en la tierra, desenmascaraba el vicio y la deshonra. Fue un sublevado, un raro, que gritaba la verdad y turbaba las alegrías del vicio. Comenzó su carrera literaria escribiendo en el *Chat Noir*, el periódico del *cabaret* famoso, pero su talento se manifiesta en *Le Révélateur du Globe*, obra donde canta un himno a la religión y celebra la virtud sobrenatural. En *Propos d'un entrepreneur de démolitions* es poeta y es héroe; clama y persigue con una crítica cruel, testimonio de un desesperado. El desesperado es el autor mismo que grita y maldice. En *Un brelan d'excommunies* presenta las imágenes de tres excomulgados: Barbey d'Aurevilly, Ernst Hello y Paul Verlaine; el niño terrible, el loco y el leproso. Son los raros, a quienes Bloy quema su incienso, porque al par que han sido grandes, han padecido naufragios y miserias. De Bloy dice Darío que "es un hombre que mucho ha sufrido" (p. 74). De potente originalidad y asombrosa bravura, con ferocidad indomable y profundo encono, Bloy clama solitario en un mundo

hostil, pero hay dulzura en su corazón, comprensión y amor a los humildes.

Igualmente complejo es el espíritu de *Rachilde*, seudónimo literario de la francesa Margarita Vallete, quien, después de recibir excelente educación, desvió su genio hacia penetraciones malsanas del pecado. Darío la califica de extraña y escabrosa porque su obra parece el producto de un genio perverso en plena decadencia, "creaciones de un cerebro malignamente femenino y peregrinamente infame" (p. 102). Hay crueldad en *Rachilde*, que presenta, con análisis psicológico admirable, el alma femenina en su profunda intimidad; crueldad, en la terrible decadente, al extasiarse en la contemplación de seres atormentados como el Sylvain d'Hauterac de su libro *La sangrienta ironía*. Por debajo de esa crueldad y satanismo, por debajo de esa perversidad, surge un mensaje de amor y dulzura. *Rachilde*, la perversa, habría sido disputada ante Dios y el Diablo, según Luis Dumur. "¿Qué casuística; qué teólogo podría demostrarme la victoria de Satanás en este caso? *Rachilde* se salvaría siquiera fuese por la intervención del viejo campesino o por la apoteosis de Martín el triste asno" (p. 112). Ambos, creaturas de *Imagen de Piedad*, la página admirable que narra la suerte del viejo campesino que, no acostumbrado a las festividades y acompañado de su viejo asno, el triste Martín, llevaba al dueño de su cortijo la entrega del mes de agosto. Al llegar a la orilla del camino, recibe un deslumbramiento, una visión del Paraíso, frente a la cual permaneció extasiado y, habiendo pasado los últimos fieles, se sintió arrastrado por un hilo de oro de los rayos de la custodia, y la siguió hasta el templo; entonces, resignado, se detiene y se signa una vez más ante la ojiva del pórtico; pero de la oscuridad brota una extraordinaria aparición: el sacerdote que le acercaba la custodia. Con esta única página *Rachilde* se redime. No podemos dudar que su existencia es la de una atormentada: su alma, que se manifiesta con piedad, es imagen de dulzura. *Rachilde* es un ser sufriente; sincera porque, atenaceada por el horror del pecado, lo expresa con toda la magnitud con que lo concibe. Los títulos de sus creaciones: *El Señor Venus*, *La virginidad de Diana*, *La bestezuela*, *La sangrienta ironía*, *A muerte*, muestran un espíritu perseguido, que se refugia en soledad, y concibe sus criaturas monstruosas como una defensa contra el mundo circundante.

Un caso semejante es el de Jean Richepin, que en su vida errante fue vendedor ambulante, maestro vagabundo, boxeador, guerrillero, estibador en los muelles de Génova, marinero y actor. Se deja atraer por la canalla y, voluntariamente encanallado, eleva

hacia ella sus cantos vibrantes. Sus libros aparecen impregnados por la obsesión de la carne. Darío, que ha buceado por debajo de su turbulencia, reconoce:

Yo miro en su loco hervor de ideas negativas y de revueltas espumas metafísicas a un peregrino sediento, a un gran poeta errante en un calcinado desierto, lleno de desesperación y de deseo y que por no encontrar el oasis y la fuente de frescas aguas, maldice, jura, blasfema (p. 80).

El rasgo primero que señala Darío es la búsqueda constante e infructuosa que desvía el espíritu de Richepin hacia lo negativo, hacia el Bajísimo. Sensual sobre todo; que hace un culto de la materia: "comamos, bebamos, gocemos que mañana todo habrá concluido" (p. 82). Su *Chanson des Gueux* señala su entrada en la policía correccional. En esa obra hay una búsqueda del mendigo, del perdido y de la prostituta; se expresa en *argot*, y la miseria danza un prodigioso paso. En *Blasfemias* brota una vertiginosa demencia, su fantasía cae en histeria y epilepsia. Se burla de la Naturaleza y el progreso, y se señala precursor de un Cristo venidero. Quiere instaurar una moral, una política y una cosmogonía materialista; *Mes Paradis*, impregnado de satanismo, es una expresión de estos intentos, pero en Richepin no todo es negación, pues suena en su mente la voz de la probabilidad, augurando tiempos mejores; en el amor a los humildes Richepin encuentra una posibilidad de salvación. En *Mes Paradis* se produce la apoteosis del amor. "El Amor —según Darío— lleva a Dios tanto o más que la fe, ya que el Amor es la visión de Dios sobre la faz de la tierra" (p. 85).

Igual posibilidad de rescate se vislumbra en *Jean Moréas* que, a pesar de haber seguido distintas orientaciones, siempre se muestra impregnado de desencanto, de ideas oscuras y satanismo. Su nombre verdadero es Juan Papadiamantopoulos; es griego, y ha sentido desde su tierra el llamado de Francia y sus poetas. Publicó el Manifiesto Simbolista, y guió su poesía tras las huellas de Verlaine y Baudelaire. Enrolado con los luchadores decadentes, el poeta que había aprendido a amar y a cantar en Atenas, se vio impregnado con ideas oscuras de satanismo, pero luego lamentó la pérdida de la alegría de su corazón, la sequedad de su espíritu, orientándose a la naturaleza y al Oriente divino. *Las Cantinelas* reflejan esa atmósfera de duelo y de llanto, casi de histerismo. El alma de *Moréas* está triste hasta la muerte, pues ha escuchado el "never more" del cuervo de Poe. A veces *Moréas* asciende a la región de conceptos puros y se hace incomprensible; ciertas poe-

sías suyas obligan al lector a un esfuerzo mental sostenido. Tal vez la incomprensión surge de que su musa, cosmopolita y políglota, se adorna con galas de todos los tiempos, ya que lo atraen las viejas civilizaciones de la India, Grecia y la Edad Media. Sus obras presentan los metros más variados en dibujos de maravillosa armonía. El *Pèlerin Passionné* es saludada como obra consagratória del joven a su sacerdocio, el del arte. Moréas permanece fiel a sí mismo, y sincero. Valiente, se proclama tal como se juzga; cree en su arte, y así lo proclama. Espíritu independiente, vive en París indiferente a todo y desdeñoso de la publicidad.

En todos estos autores: Bloy, *Rachilde*, Richepin y Moréas, la angustia profunda surge del enfrentamiento con la realidad; sus búsquedas se desvían hacia lo satánico, lo cruel y lo despiadado, pero el fondo de sus espíritus está impregnado de la fe que los lleva a la recuperación. Otras veces, la necesidad de evasión se manifiesta en el ansia de exotismo, de beber en las fuentes primeras de la humanidad, en la infancia del hombre, en los estados de sinceridad y en las edades abocadas al logro de la "areté". Ésta es la forma de evasión de Leconte de Lisle, o de George D'Esparbés.

Leconte de Lisle ha puesto el espíritu sobre el corazón y asciende a la región serena de la idea. Busca la verdad en el pasado y se remonta a la grandiosa infancia de las razas, en la que empieza el génesis de lo que él llama "la historia sagrada del pensamiento humano". Por su creencia en la decadencia de la poesía después de Homero, Esquilo y Sófocles, se refugia en viejas edades paganas y se orienta hacia Grecia y la India, ya que considera a Homero y Valmiki fundadores de la poesía. Toda su obra trasunta el correr de los siglos pasados; por eso su trilogía ha sido denominada por Guyau: "Nueva leyenda de los siglos". Visiones formidables de los siglos pasados, los errores y las grandezas épicas de los bárbaros surgen de los *Poemas bárbaros*, "evocados por un latino que emplea para su obra versos de bronce, versos de hierro, rimas de acero, estrofas de granito" (p. 35). Todo el esplendor de la belleza griega es resucitado en *Poemas antiguos*; los *Poemas trágicos* completan la trilogía. Leconte de Lisle descende de Homero; es magnífico traductor y conserva la ortografía de los idiomas antiguos, por lo que sus obras tienen de aristocracia tipográfica. Uno de los iniciadores del parnasianismo, Catulle Mendès, lo reconoce jefe del movimiento y recuerda sus orientaciones: sinceridad en el genio, crítica severa en el juicio, rechazo de la egolatría. Leconte de Lisle no se propone crear poetas a su imagen, sino que alaba la independencia del genio, e im-

pone una sola disciplina: "la veneración del arte y el desdén de los triunfos fáciles" (p. 41).

Leconte de Lisle ha sido caracterizado por Darío como homérica, caballero de Apolo, que revive el pasado auténticamente, que se siente consustanciado con ese pasado que añora y en el cual debió nacer. Hijo predilecto de Hugo, por quien ha sido marcado, como su maestro siente auténtica necesidad de revivir lo que considera puro y verdadero: el pasado de Oriente y Grecia.

También George D'Esparbés reconoce en su alma latir el ritmo guerrero de las edades primeras; todas sus composiciones trasuntan, al compás de sonos guerreros, "el desdén de la muerte, el respeto de la consigna, el amor a la vida militar, y, sobre todo, la adoración por el que los soldados miran como favorecido de la omnipotencia divina, conquistador victorioso, señor del mundo, Napoleón" (p. 117). La *Leyenda del Águila* es su obra maestra, una epopeya cantada en cuentos. D'Esparbés canta a los soldados anónimos que hicieron la campaña de Napoleón, y estos soldados crecen a nuestra vista, se hacen enormes, de formas homéricas; Napoleón, en cambio, aparece disminuido en su breve talla. Darío describe a D'Esparbés como "espíritu sano, poeta sanguíneo y fuerte, da este libro que es una obra de bien, pues recuerda a los olvidadizos, a los flojos, y a los epicúreos el camino de las altas empresas, la calle enquirnaldada de los triunfos" (p. 120).

Frente a la musa guerrera de George D'Esparbés, Darío considera a Fra Domenico Cavalca, cuya musa se mueve en el amor y en una sinceridad casi infantil. Perteneciente a la orden de los dominicos, su acción más importante fue la fundación del convento de Santa María, para convertir a las jóvenes descarriadas. Este místico medieval está poseído del amor y de la fe en Cristo; su alma se acrecienta en comunicación directa con lo sobrenatural; su musa es el amor; sus obras están impregnadas de fe, esperanza y caridad. Surge de su obra el clima de fe y amor que se respira también en *Sagesse*, la obra en que Verlaine canta a la Virgen, y en algunos de los *Vitraux* de Laurent Tailhade. Cavalca buscó la salida en lo sobrenatural, y por el amor ascendió hasta Dios.

Laurent Tailhade, también religioso, orienta su vida a distintas manifestaciones; ha sido considerado anarquista, pero Darío lo ve demasiado refinado, demasiado aristócrata para desear el imperio absoluto de la masa; "él gusta de los buenos olores y las cosas bellas y poéticas". Supremo refinado, se entretiene con la vida como con un espectáculo eternamente imprevisto, "sin más amor que el de la belleza, sin más odio que a lo vulgar y a lo me-

diocre" (p. 126). En sus *Vitraux* canta a la Virgen, pero no conmovido por la fe, sino por la belleza del culto cristiano, del ritual católico. Las *Baladas* están escritas en tono distinto; en ellas impera lo bufonesco. En sus temas políticos y sociales aparece implícita su actitud de burla hacia los contemporáneos. Extraño y complejo, Laurent Tailhade es considerado por Darío como un poeta en quien la nobleza, la valentía y la compasión por el caído lo elevan a la categoría de raro.

Otros espíritus augustos y superiores, empujados por el sufrimiento, tratan de encauzar su genio en creaciones exóticas; así Augusto Villiers de L'Isle Adam, aristócrata de nobilísima familia que arrastró una vida jalonada de sufrimientos. Fue un soñador infeliz, un crucificado del arte; sus obras son una prueba de su tragedia. El doctor Tribulat Bonhomet, especie de Quijote trágico y maligno, es su creación más perfecta; notable personaje dentro de la literatura del siglo, que influye en Huysmans, la figura máxima del decadentismo. Otras obras de Villiers: *Axël*, *El mundo nuevo* (dramas), *Los cuentos crueles*, *Nuevos cuentos crueles* y *Eva Futura* (narraciones), son manifestaciones del genio perseguido y desdichado que, poseído por su orgullo de aristócrata, experimenta una liberación al borde de la muerte y se une en matrimonio a una pobre muchacha inculta con la cual había tenido un hijo: gesto de amor que pone de manifiesto la humildad del genio.

También Eduard Dubus entrevé en lo exótico una posibilidad de refugio. Poeta melancólico que, siendo casto, desea fama de pornógrafo. Sus actividades diversas expresan la búsqueda constante de una salida. Se dio a la política y fue conferencista revolucionario y periodista clamoroso; se dio a la religión, a una de esas religiones de moda: hindú, egipcia, budista o kabalista. Su obra máxima, *Quand les violons sont partis*, no fue leída por muchos. Hay en ella influencias de Verlaine, y de Mallarmé, con imágenes sutiles y evocaciones enigmáticas, que despiertan sensaciones extrañas. Toda la obra exhala una atmósfera de desencanto y decadentismo. En la última parte, empero, hay un llamado a la resignación: Don Juan se queja en dísticos; muchas mujeres lo han conmovido; la estatua de Eros yace, caída, y el solitario sólo encuentra un refugio en el recuerdo. La obra de Dubus y toda su vida revelan la búsqueda de un espíritu exquisito, que trata de crearse un refugio en el ensueño.

Para Théodore Hannon esa posibilidad de refugio está en lo exótico y artificial: "Es un perverso, elegante y refinado, en sus poemas tiembla la 'histeria mental' de la ciencia y la 'delecta-

ción morosa' de los teólogos. Es un satánico, un poseído" (p. 154). Sus *Rimas de gozo* son muestras de una poesía depravada, enferma, sabática, pero exquisita. En su bohemia persigue lo artificial, lo rebuscado y, con ese rebusque, labra verdaderas joyas poéticas. En *Sonetos sinceros* se manifiesta la influencia de Baudelaire; lo decadente, lo exótico y lo refinado aparece mezclado en esa obra. El sensualismo, el amor en su única forma de manifestación externa, impregna su creación. Igual que Verlaine y Richepin, es perseguido por el demonio de la carne y, en búsqueda de un refugio, se extasía en exotismos de perfumes y coloridos de paisajes chinos.

Arrastrados por la melancolía, otros espíritus señalados llegan a ser posesos del Bajísimo, como el *Conde de Lautréamont*, alma en ruinas que se asemeja a Poe en el sufrimiento por la persecución de espíritus enemigos que lo llevan al alcoholismo, la locura y la muerte. Pero Poe fue celeste, y *Lautréamont* infernal, un blasfemo en quien late el amor. Con necesidad de infinito, sólo escribió pensando en sí mismo: poseído por el Bajísimo, aborreció al hombre y detestó a Dios. Fue un desesperado, cuya obra, *Cantos de Maldoror*, es un producto amargo, diabólico, extraño, cruel, penoso, en que se oyen los gemidos del dolor y los casca- beles de la locura. La riqueza imaginativa del genio es, a veces, don gravoso que esclaviza al sacar a los poetas del recinto de las cosas comunes y obligarlos a la búsqueda de refugios.

Junto a esos seres amargos, atormentados por su genialidad, están los libres, los que se apoderan de su genio y lo guían en bien de la humanidad, asumiendo en sí mismos el peso del destino común. Son los vates, profetas y autores del destino de su pueblo, a quienes Darío admiró realmente; tales: Paul Adam, Enrique Ibsen y José Martí.

Paul Adam es ejemplo de amor y solidaridad humana. Darío lo caracteriza como hombre fuerte, sano, honesto y franco, que "diciendo la verdad da su ración de bien para quien sepa aprovecharla" (p. 165). Obra en pro de los trabajadores, pero no es un adulator de muchedumbres, ni un político oportunista, sino un intelectual que pone en el intelecto la fuente del perfeccionamiento. Su obra *Le triomphe des médiocres* expone ideas que golpearon a la sociedad, al burlarse de las costumbres y las farsas políticas. al denunciar a sinvergüenzas, a falsos socialistas y aristócratas. La actividad es el rasgo de Paul Adam que más atrae a Darío, "uno de los mayores bienes que su personalidad esparce, es ese continuo ejemplo de actividad, esa incesante campaña, esa inextinguible ansia de trabajar y de trabajar bien" (p. 169).

Ibsen es también luchador y visionario. Su móvil es el temor al duro mecanismo y al peligro de tanta rueda dentada. De su propio mundo interior extrae la verdad que rige la vida del hombre. "Todo lo he buscado en mí mismo, todo ha salido de mi corazón" (p. 181), pero cuando quiere traducir esa verdad al lenguaje vulgar sufre ante la incompreensión del mundo. Desde joven vivió enfermo de humanidad; su ideal máximo fue lograr que el hombre fuera dueño de sí mismo y de su destino; por ese ideal se convirtió en luchador, en combatiente, pero no fue escuchado. Consideró que el hombre libre es aquel que domina plenamente su voluntad y que conserva su individualismo frente a las abstracciones de la sociedad; por eso, exaltó el individualismo. Si bien es un apóstol del deber, rechazó el deber como abstracción a la cual deben someterse los hombres; sólo lo concibe como algo individual. Sus obras teatrales son sus medios de lucha; de ellas resulta especialmente interesante *Los pretendientes de la corona*, drama que recoge un diálogo entre el poeta y el rey; hablan del arte, y el poeta señala al sufrimiento como condición primera del genio.

Ibsen encuentra misterios mayores en la vida común que en el reino de la fantasía y, con espíritu socialista, crea sus dramas: *El pato salvaje*, *Nora*, *El enemigo del pueblo*, *Hedda Gabler*. Los protagonistas surgen porque buscan liberarse de las limitaciones de una sociedad hipócrita; al revelarse sinceros y valientes, al defender su verdad, son repudiados por esa sociedad. Ibsen se propone salvar al hombre, pero su prédica no es escuchada; sin embargo, alienta la esperanza de una vida mejor en las naciones del sol, pero comprueba en ellas que la maldad del hombre es la misma en todas partes. Con notable optimismo crea personajes que son excepciones a esa maldad, y por lo mismo sufren persecuciones. Se propone legar su mensaje al mundo y se convierte en apóstol de la verdad; semejante a un prodigioso trueno en el desierto: "Potente solitario. Sale de su torre de hielo para hacer su oficio de domador de razas, de regenerador de naciones, de salvador humano" (p. 189). Frente al frío implacable y al perpetuo crepúsculo de las tierras que el sol acaricia tangencialmente, y con un pesimismo más horrible que la muerte misma, "hace de su vida un holocausto, apóstol y mártir de la verdad incontestable; [...] un prodigioso relámpago en un mundo de ciegas pupilas" (p. 188). La posesión de la verdad y la fidelidad a ella hacen de Ibsen un señalado, un poeta vate de la humanidad, un raro.

Otro apóstol de la humanidad es José Martí. Grande y viril, en comunión con Dios y la Naturaleza, fue un mártir de la libertad de su tierra y cultivó la rosa blanca del amor (única excusa de la vida, según él) para amigos y adversarios. El desdén

y el dolor con que enfrentó a los que negaban la libertad de Cuba, fue también para él, amor, verdadero amor a la patria. Martí vivió sus ideales como un héroe ibseniano, encarnando las creaciones de su espíritu: libertad, justicia y amor. Para demostrar que el espíritu es lo único que nunca muere, siguió su lucha desde su lecho de enfermo, y el delirio de su fiebre se tradujo en cantos a la gloria de su patria o en tiernas estrofas de amor: de amor místico, de amor fraternal para los humildes, de amor paternal como en *Ismaelillo*, o en el verso galante para la mujer amada. Martí había sido marcado por el dolor, pero tuvo compensaciones: fue comprendido por los raros y aborrecido por los tontos. En su vida de combate luchó con golpes de palabras y fuego de ideas; la riqueza de su espíritu se enmarca en la máxima aspiración de sencillez, su amor a lo pequeño.

El último autor considerado por Darío es el portugués De Castro, arquetipo de los "aristos" o raros. Eugenio de Castro reconoce que su pueblo está impregnado de un sentimiento de tristeza magnificante definido por la palabra "saudade"; él, expresión de su pueblo, siente nostalgia ante el avance del progreso que destruye al hombre: "El humo de las fábricas ya oscurece el aire, en breve dejaremos de ver el cielo" (p. 212). Darío lo considera uno de los poetas más exquisitos de la literatura cosmopolita, pertenecientes al grupo de pensadores y de hombres de arte que en distintos climas van guiando un impulso único hacia un ideal común. Su lucha se ha visto recompensada en el reconocimiento de la sociedad de los aristos. Su desencanto de la vida aparece expresado en su obra *Sagramor*, demostración de lo efímero de las cosas mundanas, y *Belkiss*, su creación más perfecta, donde manifiesta su búsqueda de lo oriental y de lo exótico. La reina de Saba perfuma con ungüentos el clima de la obra, creando una verdadera atmósfera simbolista, con profusión de luz. Eugenio de Castro, atenaceado por su sufrimiento en un mundo mecanizado, orienta su búsqueda al Oriente y a la *Biblia*.

Hay rasgos comunes en los poetas elegidos por Darío para esta obra, que resulta, en síntesis, un catálogo orgánico de genios, pero aparece una grieta, y es la fisura de Max Nordau, el pseudo científico que habla del arte con el mismo tono con que hablaría de la fiebre amarilla. En su *Entartung*, "considera a los artistas y poetas como otros tantos casos donde sólo cabe aplicar la *thana-toterapia*". Nordau no es uno de los raros de Rubén; él es, sí, un caso raro, porque asegura la misma etiología a las manifestaciones delirantes, inconexas o catastróficas de un paranoico o un esquizofrénico, que a las distimias o excentricidades de un artista

que quema su vida alucinado por la sed de belleza absoluta. Resulta puerilmente estólido, como quien pretende medir la altura del Aconcagua con la regla milimetrada con que un escolar mide sus construcciones geométricas. Para ejemplificar el síndrome de paranoia interpretativa que padecía Nordau, basta con el hecho de afirmar por un lado que "tener gusto por la música es particularidad de los idiotas y los imbéciles" (p. 174), y por otro lado, colocar a Louis van Beethoven entre los grandes artistas de su devoción.

Darío colocó a Max Nordau en su libro como un argumento a *contrariis*, ya que en el mismo capítulo hace la siguiente profesión de fe:

Tampoco el arte podrá ser destruido. Los divinos semilocos, necesarios para el progreso, vivirán siempre en su celeste manicomio, consolando a la tierra de sus sequedades y durezas con una armoniosa lluvia de esplendores y una maravillosa riqueza de ensueños y esperanzas (p. 175).

Con *Los Raros*, Darío trató de dar su justificación como hombre y como artista, y presentó en su obra figuras que se identifican en algunos rasgos comunes. Casi todos han sido hijos del dolor, o seres señalados por un determinismo trágico: su arte es la sublimación de esa lucha interior del espíritu que quiere emerger de las tinieblas. El genio es, pues, un producto del sufrimiento. Muchos de los raros murieron jóvenes, sumando al dolor espiritual de ser incomprendidos el dolor del alma y la rebeldía de la carne. Otros, marcados por la anomalía cromosómica de sus progenitores, fueron execrados por algunos críticos contemporáneos, pero todos tienen un denominador común: fueron sinceros consigo mismos, y con el público selecto al que destinaban su obra artística; fueron valientes hasta ofrendar su vida en una lucha desigual, afrontar el ridículo, y renunciar a la gloria efímera ("panúrgica" dice Darío), "para merecer la gloria de los aristos". Valientes, hasta luchar contra las doradas falacias de la moda, o contra la verdad convencional, o las nietzchedades que dan patente intelectual. Porque tenían su verdad que transmitir al mundo, fueron raros; porque no pudieron arrebañarse, ni marcarse con un rótulo. Darío ejemplifica primero con Mauclair, porque se siente íntimamente ligado al autor que lanza su credo artístico, tan compartido por el americano:

Creo que el arte, ese silencioso apostolado, esa bella penitencia escogida por algunos seres cuyos cuerpos les fatigan e impiden más que a otros encontrar lo infinito; es una obligación de honor que es necesario llenar, con la más seria, la más circunspecta probidad; que

hay buenos o malos artistas, pero que no tenemos que juzgar sino a los mentirosos, y los sinceros serán premiados en el altísimo cielo de la paz, en tanto que los brillantes, los satisfechos, los mentirosos serán castigados (p. 11).

Darío, al igual que Mauclair, ejemplificará su ideología y su concepto del artista con algunas figuras exquisitas, singulares, distinguidas por la originalidad que surge de una verdad interior.

Existe hoy un grupo de pensadores y hombres de arte que, en distintos idiomas y bajo distintos cielos son guiados por una misma estrella a la morada de su ideal, que trabajan mudos y alentados por una misma misteriosa y potente voz, en lenguas distintas, con un impulso único. ¿Simbolistas? ¿Decadentes? ¡Oh, ya ha pasado el tiempo felizmente, de la lucha por sutiles clasificaciones! Artistas, nada más, artistas a quienes distingue principalmente la consagración exclusiva a su religión mental y el padecer la persecución de los Domicianos del utilitarismo; la aristocracia de su obra que aleja a los espíritus superficiales o esclavos de límites o reglamentos fijos (p. 221).

Darío escoge figuras con las cuales se siente consustanciado como hombre y artista; aunando los distintos rasgos señalados en cada uno de ellos, hallaríamos a Darío tal como fue: exquisito, multifacético, artista raro y singular, ya que en sí mismo los resume en magnífica simbiosis. Como artista, siente igual que Poe, Ibsen o Eugenio de Castro, el sufrimiento de su espíritu en la sociedad materialista en que debe vivir; se sabe, como Leconte de Lisle o Ibsen, poseedor de una verdad que quiere transmitir al mundo, pero que no acepta que sea regla de imitación para sus discípulos ya que, al igual que Leconte de Lisle, está convencido de que el genio no es imitación. En "Palabras liminares" de *Prosas profanas* lo expresa claramente:

yo no tengo literatura mía para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo no podrá ocultar sello o librea.<sup>2</sup>

Por la riqueza de su espíritu, que se nutre de las fuentes románticas simbolistas o parnasianas, nos recuerda a Jean Moréas, quien primero se constituye en célebre defensor del simbolismo y luego en su detractor al fundar la Escuela Romana. Por su amor a lo pequeño y lo humilde se acerca a *Rachilde*, Léon Bloy y Richepin, quienes, por debajo de sus blasfemias, están impregnados de caridad. Igual que Leconte de Lisle y George D'Esparbés,

<sup>2</sup> Darío Rubén. *Prosas profanas*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, p. 3 (Colección Austral, 404).

se siente atraído por la sencillez de las edades primeras y los sonos marciales de las edades heroicas; por su apetencia de lo exótico o decadente, nos recuerda a Théodore Hannon, aunque luego ascienda a la pureza angélica que exhalan las creaciones de Fra Domenico Cavalca. En determinados momentos de su vida, por su melancolía y su ingenuidad a lo Verlaine, es un alma en ruinas semejante al *Conde de Lautréamont*; en otros, se recupera y eleva a la altura de los combatientes y, como Paul Adam, Ibsen y Martí, se convierte en apóstol. Apóstol del arte, defensor de una única verdad, la de la belleza; al defenderla del humo negro de las chimeneas industriales que amenazan empañarla, se siente identificado con Eugenio de Castro.

Como hombre, Rubén Darío, igual que todos los "aristos", está marcado por el signo del sufrimiento y arrastra su existencia penosa en pos de un ideal: el del arte.

Con quien tiene mayor semejanza es con Verlaine, de quien ha señalado el pecado y el arrepentimiento, lo demoníaco y la fe, el vicio y la ingenuidad. Darío fue más afortunado que Verlaine pues su existencia se corona con lo que él considera el máximo triunfo: la comprensión de la sociedad de los aristos.

Verdad, sinceridad, autenticidad: los rasgos que Darío señala en los que reconoce como los raros, se dan en él, que no puede encasillarse en un *ismo* (americanismo, francesismo, hispanismo), puesto que la riqueza de su espíritu no reconoce limitaciones de escuela. Él posee su verdad, que transforma en original cualquier orientación que recibe; la expresión sincera de su verdad confirma su condición de orientador del arte hacia lo infinito y eterno.

ROXANA GARDES